



VOL: AÑO 8, NUMERO 21

FECHA: ENERO-ABRIL 1993

TEMA: IDENTIDAD NACIONAL Y NACIONALISMOS

TITULO: **Cultura, identidad y política: El nacionalismo y los nuevos cambios sociales, de Ernest Gellner [*]**

AUTOR: *Norma Ilse Veloz Avila [**]*

SECCION: Reseñas

EPIGRAFE:

La vida social de las naciones, así como la de los hombres, debe estar lubricada por alguna pequeña ilusión y no hay ningún mal en ello. Gracias a la ilusión a que se entrega cada uno, la vida no es algo completamente carente de sentido.

E. Gellner

TEXTO

Desde el autorizado lugar que ocupa en el estudio del campo cultural y de la política, el autor de Naciones y nacionalismo nos entrega, en esta nueva obra, elementos a partir de los cuales podemos avanzar en la comprensión de una sociedad industrial moderna configurada por los cambios sociales que desde el siglo pasado han venido sucediéndose.

Compilación de once ensayos -en su mayoría ya publicados-, su traducción al español facilita el acceso a un material sin duda valioso. Estos trabajos comprenden la revisión de los planteamientos teóricos de diversos autores (Durkheim, Masqueray, Malinowsky, Arendt) respecto de los fundamentos del orden social y político, el análisis de los principales problemas de la sociedad industrial contemporánea (el "desencanto", el igualitarismo, las dificultades de su legitimación), así como el tratamiento concreto de dos casos particulares de sociedades surgidas de un cambio radical: el régimen revolucionario socialista checo y el régimen fundamentalista musulmán iraní; todos ellos unidos -además de por el atrayente estilo del autor- por la preocupación de vislumbrar las opciones que presentan las cambiantes relaciones entre Estado, sociedad civil, identidad cultural y legitimidad.

Gellner reconoce en Ernest Renan a uno de los primeros pensadores que identificó correctamente el problema de la nacionalidad y el nacionalismo con base en un rasgo decisivo: el anonimato de los miembros de la comunidad y una especie de amnesia colectiva que les impide reconocerse en subgrupos de la misma y favorece una cultura compartida, homogénea; sin embargo, encuentra insuficiente la explicación de este autor en cuanto al origen del fenómeno por el cual el principio político de "un Estado, una cultura" adquiere cimientos en Europa occidental.

Gellner intenta entonces corregir y completar la teoría de Renan a partir del instrumental teórico de A. Radcliffe-Brown, con base en la distinción entre estructura y cultura. Así, para Gellner, el nacimiento del Estado nacional se debe, más allá de acontecimientos

históricos particulares, al remplazo de una estructura social por otra, en que lo distintivo es el cambio del rol de la cultura en la sociedad, es decir, no un mero cambio en sus contenidos y significaciones, sino una nueva forma de usar y concebir la cultura. Mientras en la sociedad tradicional la cultura estaba diversificada y era transmitida localmente en los grupos sociales, en la sociedad moderna la cultura se homogeneiza, se imparte en instituciones especializadas y, sobre todo, se convierte en la llave de acceso a la participación social (la oportunidad de empleo, la movilidad, la ciudadanía, etc.). La cultura, que antes pasaba inadvertida, se vuelve un elemento visible, valioso, fuente de orgullo y objeto directo de culto: de ahí el nacionalismo como reverencia a la cultura compartida.

Dejando de lado las teorías bipolares del desarrollo social -dentro de las cuales el autor ubica a los clásicos de la división del trabajo, Adam Smith y Emile Durkheim-, que conciben éste como un trazo lineal con base en una gran oposición, que excluyen la posibilidad de diferentes clases de división del trabajo y que perciben el progreso hacia su consecución a partir de pasos semejantes y continuos, sin saltos o discontinuidades, Gellner afirma que las civilizaciones agrarias no engendran nacionalismo porque promueven la diversidad cultural; son, pues, las sociedades industriales las que lo auspician al estar orientadas hacia la homogeneidad cultural dentro de cada unidad política. Este tipo de organización de la sociedad vuelve anónimas, indiferenciadas y culturalmente homogéneas a las comunidades, "que se manifiestan entonces como las únicas depositarias legítimas de la autoridad política" (p. 21).

La división del trabajo distintiva, móvil y basada en la instrucción es, pues, la que da lugar a la única clase de sociedad que admite y fomenta el sentido moderno de comunidad nacional (la amnesia colectiva de que hablaba Renan) y que conduce al culto consciente de la cultura y a la homogeneización de ésta en el interior de la unidad política.

En su revisión de autores, Gellner reivindica la importancia de Emile Masqueray para los modernos estudios sociales, por sus trabajos sobre la organización social de sociedades no centralizadas, y ubica la influencia de este autor en teóricos posteriores. Es así como, tomando parte en el debate sobre los fundamentos del orden social, Masqueray desarrolla la idea de la segmentación, que da cuenta de un principio de organización social por el cual los grupos sociales son semejantes entre sí y respecto de los grupos mayores de los que son miembros. De esta idea Durkheim desprende su concepción de la "solidaridad engendrada por la semejanza", mientras que Edward Evans-Pritchard la aplica en la explicación del mantenimiento del orden en sociedades descentralizadas por el equilibrio de fuerzas entre grupos rivales semejantes.

Gellner demarca las diferencias entre Masqueray y Fustel de Coulange en su búsqueda del fundamento de la *cit*é (comunidad): para Fustel, la religión era el factor determinante del orden social (fórmula que Durkheim invertiría al sostener que es el orden social el que explica la fuerza de las ideas religiosas y no al contrario), mientras que para Masqueray el orden social tenía una base secular, a partir de la organización familiar, con lo que el papel de lo social no es sólo esencial (como en Durkheim), sino que es suficiente por sí mismo, con independencia de las ideas religiosas.

Otro autor que revolucionaría la antropología de su tiempo y que brinda nuevos elementos de análisis del problema del nacionalismo es Bronislaw Malinowsky. Con la introducción de una perspectiva funcionalista sincronista, Malinowsky da un giro a la antropología evolucionista que entonces prevalecía: ésta deja de ser la ciencia que reconstruye el pasado a partir de sus huellas en el presente, el estudio de las "supervivencias" del pasado como muestra del retraso en el devenir histórico, para convertirse en el estudio del presente etnográfico.

La crítica de Malinowsky se dirige fundamentalmente al papel de la historia como fuente de explicaciones, guía de las acciones presentes y juez de éstas. Como polaco, rechaza la condición sub-histórica que esta perspectiva asignaba a las naciones que no lograron hasta entonces formar sus propios Estados. Malinowsky arremete contra el historicismo a partir de la conjunción de distintos elementos, según consigna Gellner: un positivismo que elimina las explicaciones trascendentes y que considera el pasado como algo inobservable- y en consecuencia inescrutables-, por lo que es necesario sujetarse al presente; un pragmatismo que lo hace retomar el pasado pero sólo en lo que hay en él de "historia real", es decir, atendiendo a su presencia, impacto e influencia -viva y actuante- en el presente, esto es, identificando su funcionalidad; y un romanticismo organicista, ya que buscaba una explicación interdependiente, holística, del presente. Así, el holismo de Malinowsky reivindicaba la importancia de la cultura mientras que su sincronismo invalidaba los imperativos de la historia. Y es gracias a esta conjunción que se abre una nueva opción en la historia de las ideas europeas. Nos dice Gellner:

"Se hizo posible entonces cobrar un agudo sentido de la comunidad, o *Gemeinschaft*, y de su papel en la vida humana, y al mismo tiempo se hizo posible repudiar firmemente el culto de la historia y toda equiparación del hecho de ser miembros plenos de la humanidad con la posesión de un Estado propio" (p. 62).

Malinowsky nos deja ver que la lealtad a la cultura y la lealtad a la autoridad política no eran opciones que tuvieran que asumirse necesariamente al unísono e identifica así uno de los más importantes factores de tensión en las sociedades actuales.

La figura de Hanna Arendt permite a Gellner mostrarnos el impacto sucesivo de dos sistemas doctrinales en la comunidad judía asentada en su natal Königsberg. Primero, los problemas de identidad a que se vio enfrentada por las ideas de la Ilustración, con su revelación secular de la igualdad de los hombres por la razón; para el judío, convertirse a este ideario representaba no sólo un cambio doctrinal, sino más allá, ponía en juego su pertenencia a la comunidad. Pero aún más fuerte sería el embate de la reacción romántica contra la Ilustración al reivindicar las culturas particulares, locales, frente al universalismo y el cosmopolitismo ilustrado. Para los judíos, sin embargo, la ilusión del retorno al pasado no deparaba otra cosa que una situación de exclusión, la contraimagen negativa de la comunidad, esto es, una especie de anticomunidad que les plantea el reto de construir una comunidad efectiva propia. Se encuentra aquí una de las raíces sociales del sionismo.

El desarrollo extremo del romanticismo comunitario, reforzado por un naturalismo que cerraba la comunidad con base en la intolerancia etnocéntrica, conformó la ideología del nazismo, el cual habría de cambiar radicalmente la existencia de esa población y sus habitantes, entre ellos la propia Hanna Arendt, quien daría testimonio y buscaría explicaciones a los cruentos hechos que tendrían lugar. Gellner discute las aportaciones de esta autora a la comprensión del nazismo y se preocupa sobre todo por indagar las fuentes intelectuales de éste.

En otro ensayo, Gellner reseña la obra de Milan Simecka, autor checo que se ocupa (en los días en que aún se encontraba vigente) de los principios y el funcionamiento de lo que él llama el "socialismo realista", el cual caracteriza por la fundamental acción de gobierno de un partido burocrático que ejerce una "violencia civilizada" en contra de los intelectuales (grupo social en el que presiente la mayor fuente de disidencia) a partir de la presión por un empleo apropiado y satisfactorio. Refiere el vacío de ideología que se vive y la cultura introspectiva, retraída hacia la vida privada, a que la gente se había conducido a partir del desacuerdo con la conducción de la vida pública.

Por su parte, es muy interesante la semejanza que hace Gellner del dirigente de la revolución iraní, el ayatollah Jomeini, y de la forma en que éste logró sustentar el régimen que sustituyó a la estable monarquía de Reza Pahlevi. En primer lugar, nos muestra las tensiones en el interior del islamismo por la coexistencia de tres principios de legitimación distintos y que dan lugar a sus divisiones sectarias: la autoridad de la ley divina, el divino liderazgo y el consenso de la comunidad. Los chiítas, que finalmente acceden al poder, sostienen una creencia en el sagrado liderazgo así como en el martirio de sus líderes, con un sentimiento de venganza fuertemente activo; sin embargo, la ocultación de los líderes divinos los conduce a renunciar al mundo político y a acatar liderazgos seculares.

El mérito de Jomeini es haber conjugado la intransigencia y la capacidad de movilización chiíta con el culto a la ley sunní, sin renunciar a la política. La ley divina, dice Jomeini, debe acatarse siempre, con ocultación o sin ocultación de los sagrados líderes, y en ausencia de éstos son los clérigos los encargados de administrar la ejecución de la ley. Jomeini separa así la autoridad política de la condición mística y abre paso a una república de naturaleza nomocrática divina, administrada por teólogos juristas. Para Gellner, este islamismo reformado tiene considerable influencia en el presente porque sus rasgos fundamentales (unidad, orden, igualitarismo) van en consonancia con las exigencias ideológicas y organizativas de la época de la industrialización.

En un orden más general, reflexionando sobre los problemas de la sociedad industrial contemporánea, el autor cuestiona la evidencia del ideal igualitario en el mundo moderno y aporta pruebas de la existencia de una pasión por la desigualdad. Con todo, admitiendo una parcial prevalencia de este ideal y tratando de superar posiciones intelectualistas, ahonda en las raíces sociales del igualitarismo actual y encuentra en la movilidad ocupacional, el contacto y la comunicación constantes en la vida de trabajo con personas de rango no identificado, la separación de la vida doméstica de la vida laboral, la menor vulnerabilidad en las condiciones de vida, la uniformidad en la socialización y la educación básica, entre otros factores -que no aspiran a conformar un listado exhaustivo-, las bases para una actitud reacia a fijar distinciones de status permanentes, erigiendo la igualdad formal como norma exterior del trato social.

Al observar la sociedad moderna, ilustrada, móvil, atomizada, Gellner se percata de un desplazamiento de la sociedad hacia un liberalismo formalista, ahistórico, desmoralizado, en el mundo desarrollado, y en una dirección antiliberal en el mundo en desarrollo; percibe un panorama en que las dos ideologías heredadas más importantes -marxismo y liberalismo- resultan ya insuficientes para explicar la naturaleza del orden social por no enfocar adecuadamente la relación entre poder y riqueza (economía y política), y en el que estos elementos difícilmente pueden actuar como sustento de la legitimidad de dicho orden.

Sin cuestionar la aplicación de la célebre tesis de "la jaula de hierro" al surgimiento de la sociedad industrial, Gellner nos propone para la etapa de su desarrollo avanzado la singular tesis de "la jaula de goma", la cual sería sustentable de ser verificada la siguiente generalización: "Cierta similitud de espíritu predomina en diversos movimientos muy diferentes (el espíritu del facilismo, de la evidencia y la transparencia de sentido) y ese espíritu se extiende desde las alturas abstractas de la filosofía formal hasta la inmediatez terrena de la cultura juvenil y de los astros de la música pop". De este modo, el desencanto de la humanidad presente no sería un hecho confirmado; las visiones contemporáneas del mundo no estarían marcadas por la disciplina y el orden, sino por intuiciones simples, evidentes, fáciles.

Este desplazamiento del pensamiento cartesiano por la actividad intuitiva se ve reflejado, según los ejemplos que aporta el autor, en la expansión de las actividades del sector terciario, el manejo de herramientas simples, la reducción del tiempo de trabajo y el consecuente aumento del ocio, etc. En el plano intelectual, el pragmatismo (proclive a la flexibilidad, la disposición al ajuste, la no absolutización) y el wittgensteinismo (según el cual cada lengua tiene sus normas -y éstas son autosuficientes- y para el que las explicaciones de la realidad se basan en la explicación lingüística, con lo que se da pie a la validación de cualquier sistema de creencias o cultura) son los ejemplos más claros de un ethos hostil a una preocupación excesiva por fundamentos y reglas rígidas, que negaría la exactitud descriptiva de la tesis del desencanto al constatar la existencia de un mundo pleno de sentido, fácilmente manipulable para muchos. La jaula de goma sustituiría así a la jaula de hierro, el mundo de las significaciones al mundo del conocimiento, pero -se pregunta Gellner- ¿no nos conducirá esta situación a un nuevo sentimiento de añoranza y de necesidad, ahora por un impulso a la sistematización, por el crecimiento cognitivo que implica una cierta intolerancia lógica ante el relativismo del nuevo espíritu de la época?

El problema del relativismo -explica Gellner- es un problema insoluble en términos lógicos. No hay decisión racional posible entre sostener la inconmensurabilidad de las visiones del mundo o la semejanza en los puntos de vista fundamentales y los criterios últimos de éstas, porque "cada una se confirma a sí misma" al aducir argumentos de su propio sistema explicativo para justificarse. Las posibilidades de evaluar cada una de estas doctrinas parecen reducirse a dos procedimientos: el "exilio cósmico" que representaría situarse fuera de las visiones rivales para juzgarlas desde un punto de vista ajeno, pretendidamente neutral; o bien, la evaluación del mensaje por la excelencia moral del portador. Cada procedimiento presenta a su vez méritos y limitaciones particulares, y, más aún, su elección representa la adhesión a una filosofía, entre las dos que Gellner presenta como las componentes de la gran oposición de la vida intelectual: el positivismo y el hegelianismo, y con ellas, el enfrentamiento entre dos estilos generales de ver el mundo: "un mundo granular, frío, técnico y naturalista frente a un mundo holístico, saturado de significación, un mundo social y humanístico que confiere identidad" (p. 188).

E igualmente, visto en la necesidad de optar por uno de estos sistemas, a pesar de que ambos presenten tanto elementos atrayentes como problemas serios, Gellner se inclina por la visión positivista, paradójicamente -como gusta establecer el autor- por razones "hegelianas", es decir, atendiendo a los méritos de esta visión como totalidad, por su relativa eficacia en el mundo moderno, sin mayores argumentos que el estar presionado por las necesidades de ese mundo y el estar atendido a una promesa de "abundancia liberal".

Cultura, identidad y política no es un texto que aborde sistemáticamente el problema del nacionalismo, pero sin duda muestra vetas para su comprensión y en general sobre la compleja relación entre cultura y política. Gellner mismo nos conmina, al final de su último ensayo, a seguir usando la "escalera" por la cual hemos llegado a la comprensión del mundo moderno; añadiríamos a su invitación la aclaración de que esa utilización, para ser coherentes con su propio planteamiento, no tendría que seguir un solo sentido ni dirección, podría saltar o romper escalones y hasta construir nuevas herramientas que coadyuven a nuestro fin.

CITAS:

[*] (1989), Trad. de Alberto L. Bixio, Gedisa, Col. Hombre y Sociedad, Serie cla-dema, Barcelona, 202 pp.

[**] Ayudante de investigación en el área de Análisis Sociológico de la Historia,
Departamento de Sociología, UAM Azcapotzalco.